MUJERES SOLAS

MARINO Gómez-Santos es un joven escritor, un periodista de fuste que sabe ser liviano y que esconde, bajo apariencia de ligereza, una vocación seria, un talento personal... Como su prologuista Ramón Serrano Suñer dice, ha "innovado" la entrevista de Prensa, un género que en sus manos ha pasado de "tópico" a conseguir vida y espontaneidad.

En este libro se ocupa de algunas *mujeres*—por eso lo traemos aquí—. *Mujeres solas*: Raquel Meller, Pastora Imperio, Carmen Sevilla, Sara Montiel, Lola Flores. Marino Gómez-Santos ha ido a visitarlas y las ha captado en su soledad, su barullo o su melancolía. Nos ofrece el "interior" de cada entrevistada hasta donde puede, y cuando no, su externidad, el ajetreo que son o despiertan, tantas veces revelador del personaje...

En Marino Gómez-Santos hay perspicacia, respeto, sorna disimulada, ternura. Con estos ingredientes compone sus "retratos", sin petulancia alguna, dejándose a ratos ganar por el carácter o la fama de su interlocutor; en otros, los pincha cual a un globo, para que se desinflen y no entontezcan.

Mujeres solas es un libro de reportajes donde casi todo—clima, palabras, sugerencias—lo pone el autor. Algunas mujeres, cual Raquel Meller o Pastora, tienen más prosapia, más genio personal, y entonces ellas irrumpen en el libro con propia voz, dueñas de su gesto y "son", según diría Juan Ramón Jiménez.

Por estas páginas desfila un tiempo de la vida española que se fué para no volver. ¡No digamos que en buena hora. Todo lo que existió tiene su razón justificante! Asoman a escena rostros populares, se escuchan voces idas, ecos de ecos... Algún fantasma nos asalta por el pasillo y nos hace pensar: "Esto fué, esto sucedió, tuvo existencia", aunque ahora nos resulte fútil o baladí.

Cierta desazón no puede evitarse, con momentos jocosos. El asturiano que es Gómez-Santos enseña su oreja humorística. Sonreímos; pero nos envuelve un vaho tristre, como cuando se mira el ayer con ojos futuristas... Vemos la ceniza, el polvo del pasado, que nos alecciona para mañana...

PAREJA y *Borrás* editaron el libro con gusto, incluyendo fotografías. Reproducimos un capítulo, corto, elegido por tal circunstancia, sin que sea de los más expresivos:

Pastora Imperio

COLOFON DE PROPOSITOS. PASTORA Imperio ha contado su vida como ha podido contarla. A veces, también la vida es difícila para contarla. Cuando más se vive, el círculo de las posibilidades narrativas se va cerrando hasta lo increíble. El protagonista se resiste a consignar episodios de su vida, unos por brillantes y halagüeños, porque no parezca jactancia, y otros, que han sido esperanzados momentos de miseria, en los principios de una vida, son omitidos por considerarlos poco airosos.

En el caso de Pastora Imperio no ocurre exactamente esto. En Pastora concurren otras circunstancias p o r las cuales hay capítulos de su vida sentimental que, aun siendo privados, no son secretos, pero que tampoco es oportuno sacar a la luz pública.

Vamos a visitarla por última vez a «El Duende», donde está como una artista veterana—cuando las artistas tenían rasgos particulares por los que se destacaban físicamente, como los toreros que se dejaban la coleta—, esperando su turno.

—Pastora, ¿qué proyectos tiene?

—Ninguno. Yo vivo sin más proyectos que los que Dios me envía.

Claro. ¿Cómo una gitana que se precie de tal puede tener otra trayectoria que la que Dios le envíe? De otro modo no sería gitana.

—Mi gusto sería dejar «preparao» todo esto de mi familia, dejándolos a todos muy «colocaítos», y yo también muy «colocada», como Miguelillo el ermitaño, allá en la montaña.

Cuando la vida ya no puede reservar grandes novedades ni deja jugar a mayores ilusiones, y el repertorio de todo cuanto se esperaba ha ido ya pasando por su turno, hay que preguntar si se ha cumplido todo como se había querido en un principio.

—En mí no se ha cumplido todo, pero lo he admitido todo como me lo han ido dando.

La vida no estafa nunca. Ni hay manera humana de estafarle a la vida, porque la vida acaba siempre cobrando, y a veces hasta con intereses. ¿No se compone la mala suerte de una suma de fallos artísticos o personales de un individuo, como la buena suerte es el resultado de un talento eficaz?

—Y usted, Pastora, ¿hizo siempre lo que quiso hacer, o lo que quisieron que hiciese?

—Yo no hice lo que quise, sino lo que me mandaba mi... ¿Cómo se llama eso?

Señala con un dedo a la frente.

—¿Cómo se llama eso?... Vamos, el sino de la persona...

No debe existir más sino en la persona que al nacer. Luego, a partir de ese momento, lo demás es obra personal del hombre y de su circunstancia.

—¿Fueron los demás con usted como usted con ellos?

—No. He llevado muchos desengaños, pero no dejé de hacer lo mismo que había hecho antes.

—¿Y qué es lo que no se ha cumplido?

—No sé si para bien o para mal, pero tú ya sabes a lo que me refiero. Y esto es lo único que me ha faltado. No me entristece; es el sino de cada persona.

Otra vez la veladura y el sino.

—¿Qué echa de menos de todo cuanto se componía el ambiente artístico de su juventud?

—Sigue todo igual; no falta nada. Que el tiempo que viví fué mejor que éste... ¡desde luego!

LE DIGO A PASTORA QUE FALTAN muchas cosas. Algunas, si no esenciales precisamente, graciosas y divertidas.

—¿No cree, Pastora, que en muchas cosas, la realidad es que el tiempo pasado no fué mejor, aunque el tiempo sí lo fuese?

—No era ni mejor ni peor; era diferente. Si te digo que falta Joselito, ¿exagero en decir que fué un gran torero?

Pastora toma un café con leche en un vaso largo.

—¿La ayudó a usted, artísticamente, algún escritor o algún prócer?

—A mí no me ayudó más que Dios. Lo he conseguido casi todo y vivo feliz, contentísima, porque, además, la gente me quiere mucho.

Hablamos de la tradición de flamencos y flamenquería.

—¿No cree usted que esos focos en que se daban las dos cosas se están acabando?

—De eso ya no queda nada. Está todo adulterado.

El cine. Los países lejanos, los ambientes, los paisajes, las músicas, la indumentaria, entran en estos reductos como un golpe de mar que barre cuanta tradición encuentra a su paso.

La Granada de Manuel de Falla ya tiene cafetería donde se despachan «sandwiches». Y salas de fiestas donde se baila «rock-and-roll». Las nuevas generaciones llevan por lo menos veinte años asistiendo al cinematógrafo y en gran parte son admiradores de Louis Armstrong.

—¿Por qué no pone usted una academia de baile, Pastora?

—Porque no tengo paciencia. Además, yo no bailo siempre igual, no bailo haciendo cuentas. Eso de aquí uno y cuatro allí... ¡No, no!

Van desapareciendo las figuras del baile y los maestros que escriben música para cuplés. El ambiente va siendo cada vez menos propicio.

—Entre tantos triunfos, ¿se acuerda usted de algún fracaso?

—No; a mis bailes no traíamos a nadie con cadena.

Pastora, la irónica. Eso también lo daba la vida de aquellas mujeres excepcionales que salían a desafiar a la vida.

—¿Cuál ha sido el mayor disgusto de su vida, Pastora?

—El que más me afectó en la vida fué la pérdida de los padres. Yo no he sido triste nunca más que en esas dos ocasiones.

—¿Y la mayor alegría?

—No he estado amargada nunca. Todo lo he aceptado como ha venido, sin desesperarme.

¿Qué habrá dejado de decir Pastora de su vida? ¿Cuántas cosas quedarán en los oscuros rincones de su historial?

Es igual. Tampoco ocurre nada porque Pastora Imperio no cuente ciertos episodios de su vida. Ha dado su opinión sobre ciertos conceptos de la vida artística, y eso es lo que importa.

Viene su hija con las flores frescas en la mano.

—Ahora voy.

CUANDO PASTORA ENTRA EN EL camerino, sale su nieta María del Carmen. Ya es buen matiz para su historia.

Se oyen las guitarras. Suenan los palillos. Para un hombre del Norte, la reconciliación con el flamenco no acaba nunca de ser firme. Quedan siempre reservas esenciales.

—Que me traigan un poquillo de bicarbonato.

Pastora ha asomado la cabeza por la puerta del camerino. En una mesa, junto al «office», hay un muchacho que estudia el «Arias-Paz», conocido manual de automóviles.

Llega un camarero.

—¿Está ahí doña Pastora?

—Sí, está vistiéndose para bailar.

—Es que la aguardan unas señoritas filipinas.

Bicarbonato. Guitarras, Palillos. Señoritas filipinas. Cal de los techos de «El Duende». Cacharros dorados colgados de los muros.

—Doña Pastora, la señora marquesa de R...

—Doña Pastora, aquí hay un señor que dice que la conoce a usted de su viaje a Lima.

—Doña Pastora, estas flores que acaban de traer con esta tarjeta.

Fin de la semana con Pastora Imperio. En la cabeza tengo todavía todos estos diálogos mezclados de manera incongruente con siete vasos de «whisky» puestos en fila, uno por cada noche. Diálogos como clavos de madera metidos en la cabeza a taconazos, a taconazos de bota negra con tacón cubano. Diálogos que fueron entrando en la cabeza a fuerza de batirle a uno las sienes con palmas.

Mundo ruidoso; ligero sin ser frívolo; superficial sin llegar a intrascendente; a veces, lleno de misterio; a veces, elemental y artificioso, pero siempre mundo lleno de misterio y de intriga.

¿Quién puede dudar del valor de los gitanos y del interés de su clima?

En Londres hay como un instituto de investigación dedicado al estudio de los gitanos, en cuya biblioteca se catalogan más de cinco mil volúmenes que tratan de este tema, todos de autores ingleses.

—Pastora, esto se acaba.

—Sí, se acaba: como todo tiene que acabarse.

Y mientras decía esto se colocaba unas flores en el pelo.